



ni la bulliciosa concurrencia á las universidades de París, Oxford y Salamanca; todo es nueva direccion, todo tiende á divinizar lo humano, á ensalzar la memoria de Lutero y de Descartes, á ridiculizar todo lo grande, todo lo bello, todo lo bueno; el mundo, en fin, como hijo pródigo, se sienta en sombras de muerte, y quiere fingir en ellas la alegría falaz de la enloquecida perturbacion de las conciencias, señalando á la humanidad el camino de un falso progreso, que no tiende al logro de lo bueno, porque empieza por alejarse del bien, única ley del progreso humano, único término de la vida del hombre.

Señalaremos brevemente, siguiendo á un expositor, los hechos más notables del movimiento en la vida histórica en este siglo XVIII.

Desesperando los aliados, como decíamos al finalizar la época anterior, de establecerse en España y de arrancar á D. Felipe una corona que defendía con tanto valor, empezaron á disgustarse de la guerra. La muerte del emperador José I, acaecida entonces, acabó de desconcertar la liga, porque llamado al trono su hermano el archiduque, el pretendiente á la corona de España, si el deseo de mantener el equilibrio de Europa había servido de motivo para tomar las armas contra los Borbones, era consiguiente que tampoco mirasen con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas que en otro tiempo habían hecho tan formidable al Austria.

En su consecuencia, comenzaron las conferencias para la paz, que se hizo en Utrecht entre la Inglaterra, España, Francia, Holanda, Portugal, Prusia y la Saboya. En virtud de ese tratado, D. Felipe es reconocido soberano de España é Indias, supuesta la renuncia á la corona de Francia en todo evento; la Inglaterra conserva á Gibraltar y la isla de Menorca; el duque de Saboya es declarado rey por la adjudicacion de la Sicilia; el rey de Prusia es confirmado en el título de rey, y declarado soberano legítimo de Neufchatel. El año siguiente se firmó el tratado de Rastadt entre la Francia y el emperador de Alemania, quedando á favor de este los Países-Bajos españoles, el Milanésado, el reino de Nápoles y la Cerdeña.

A los dos años del tratado de Utrecht murió Luis XIV, dejando su nombre al siglo en que vivió. Sin gran fondo de instruccion, poseyó más que ningun otro monarca el tino del gobierno; elevó la autoridad real al más alto grado que tuviera nunca en Francia; creó ó perfeccionó todo lo que es grande en el órden intelectual y material de la civilizacion; quitó la supremacía política á la casa de Austria; acabó para siempre con el espíritu sedicioso de la nobleza; reunió á su corona el Franco-Condado y una parte considerable de Flandes, y últimamente, aseguró á Francia, con la alianza perpétua de España, el medio de conservar el lugar que la pertenecía en Europa.

Fernando III sobrevivió algun tiempo al tratado de Westfalia, que dió fin á la desastrosa guerra de treinta años. Su hijo Leopoldo se atrajo sobre sí otras dos guerras: la guerra general de Europa, movida por la Francia durante el reinado de Luis XIV, y terminada por la paz de Riswick, y la guerra de sucesion de España á la muerte de su rey Carlos II, último de la dinastía austriaca. Además de estas guerras, hubo de sostener otras, principalmente contra los turcos, siendo notables como hechos de armas: la batalla de Viena, á vista de la misma poblacion, batalla la más célebre de aquel siglo, ya por la grandeza del triunfo conseguido por los austriacos, como por la importancia de los resultados; y la toma de Buda y de Belgrado. Leopoldo, para asegurar la conquista de la Hungría, reunió los Estados de este reino y los obligó á admitir cinco proposiciones, cuyo objeto era que renunciasen el derecho de elegir á sus monarcas.

Después de Leopoldo, subió al trono su hijo José I; heredó de su padre con el imperio la guerra de sucesion de España, favoreciendo á su hermano el archiduque Carlos, que había sido proclamado por los aliados rey de España, en contra de Felipe V, nieto de Luis XIV. Murió sin dar fin á esta guerra, siendo su muerte una de las causas que contribuyeron á terminarla con el tratado de Utrecht.

A pesar de haberse separado de la liga la Inglaterra, porque el ser ahora Carlos emperador de Alemania destruía completamente los



motivos que había tenido para ayudarle en la guerra de sucesion, la continuó, sin embargo, hasta que la desgraciada batalla de Denain le convenció de que no podía luchar él solo contra Francia. Admitió el tratado de Utrecht como un armisticio, y no se arregló con la Francia sino al año siguiente en el tratado de Rastadt, y no reconoció á Felipe V por rey de España sino hasta el tratado de Viena, hecho por Riperdá; y aun así, para cumplir este tratado, fué necesario que le obligasen la Inglaterra y la Holanda, sus aliados por el tratado de Sevilla.

Carlos VI, no teniendo sucesion de varon, publicó una *pragmática-sancion*, en que se establecía la sucesion directa al imperio para varones y hembras, extendiendo este derecho á todos los otros Estados hereditarios de la casa de Austria, cualesquiera que fuesen las reglas antiguas de sucesion en cada uno de ellos. Y como este sistema podía hallar oposicion, todas las miras de su política se encaminaron á hacer reconocer á las potencias de Europa por heredera de sus Estados á su hija mayor María Teresa, casada con Francisco, duque de Lorena. Últimamente, Carlos VI, en la guerra de sucesion de Polonia, sostuvo las pretensiones del elector de Sajonia, acarreándose una guerra por esta causa con la Francia, en la cual perdió el Milanésado.

María Teresa, con arreglo á la pragmática, fué reconocida por soberana de los Estados hereditarios de su padre. Los electores de Baviera y de Sajonia, el rey de España y el de Prusia protestaron contra la toma de posesion, alegando derechos á varios Estados. Este fué el origen de una guerra general, que duró ocho años, y en la que tomaron parte: á favor de María Teresa, Inglaterra, Holanda, Saboya y Rusia; y contra ella, Francia, España, Baviera, Nápoles y Prusia.

Federico de Prusia rompió la guerra invadiendo la Silesia y ganando la batalla de Mollwitz. Las primeras campañas fueron contrarias á María Teresa, que vió proclamar emperador al elector de Baviera, con el nombre de Carlos VII, en los ejércitos franceses. Obligada á abandonar á Viena, se fué á Hungría, reunió

los Estados en Presburgo, y supo interesar á los valientes húngaros y magyares: á ellos debió el triunfo, y á ellos debe quizá hoy el imperio la casa reinante. Con la muerte del elector de Baviera, Carlos VII, concluye el primer período de esta guerra.

María Teresa tuvo más fortuna en este segundo período, porque el hijo del nuevo elector de Baviera renunció los derechos que pudiera tener á la corona imperial, é hizo la paz con la emperatriz; y en ese mismo período se libró de su más terrible enemigo, el rey de Prusia, por el tratado de Dresde, mediante á que el Austria le cedió la Silesia y el condado de Glatz. El tratado de Aquisgran puso fin á esta guerra, reconociendo á María Teresa sucesora en el imperio de su padre, y cediendo al infante de España, D. Felipe, los Estados de Parma, Plasencia y Guastala; las demás potencias beligerantes se restituyeron mutuamente las plazas y territorios conquistados.

La paz de Aquisgran aseguró á María Teresa el imperio, mas no destruyó los gérmenes de la guerra. La posesion de la Silesia fué el origen de la guerra de siete años entre la Prusia y el Austria. Las demás naciones aliadas de la Prusia y el Austria tuvieron sus motivos particulares, sobre todo la Inglaterra, cuya idea era destruir el comercio de la Francia. En esta guerra se vió por primera vez á la Francia unirse estrechamente al Austria por el tratado de Versalles, después de una enemistad de tres siglos. Pelearon además á favor del Austria Rusia, Sajonia y Suecia.

Empezó la guerra en 1756. La Prusia debía sucumbir en ella, porque era un Estado apenas constituido y peleaba contra cinco potencias, y porque el auxilio de sola la Inglaterra ofrecía pocos recursos para una guerra continental. En efecto, la batalla de Kunersdorf, que puso en poder de sus enemigos toda la Prusia hasta Berlin, debía al parecer terminarla, cuando inesperadamente salvó á Federico la desunion de sus contrarios, y de sus resultas la Prusia fué evacuada.

La guerra continuó, sin embargo, hasta que la muerte de Isabel, emperatriz de Rusia, debilitó el partido del Austria. El nuevo empera-



dor de Rusia, Pedro III, retiró sus tropas y celebró con Federico el tratado de San Petersburgo, al que se avino la Suecia. Tuvo fin esta guerra el año siguiente, por el tratado de Hubertsburgo entre el imperio y la Prusia, y por el de París entre Inglaterra y Francia. En esta guerra sólo ganaron Inglaterra y Prusia: la primera se hizo señora del comercio y de la navegacion del mundo; la segunda conservó sus Estados contra el poder de casi todo el continente, adquiriendo una preponderancia muy considerable entre las naciones.

A la muerte de Francisco I de Lorena, que gobernó como regente en union con su mujer María Teresa, su hijo José II tomó el título de emperador; pero su madre siguió gobernando todavía hasta su muerte. Desde que la Prusia se enriqueció con la Silesia, haciéndose una nacion respetable al Austria, la paz prometía más duracion en Alemania, puesto que se habían equilibrado los dos partidos católico y protestante, representando al primero el Austria y al segundo la Prusia. Así es que desde la guerra de siete años hasta la Revolucion francesa, no se turbó la paz en Alemania sino por la cesion de Baviera.

Cuando en los siglos XII y XIII se generalizó en toda Europa la afición á las cruzadas, se fundaron varias órdenes religiosas de caballería para defender la fe cristiana contra los infieles, y extenderla. Una de las más célebres fué la que se estableció en Alemania con la denominacion del orden Teutónico. Al abandonar los cristianos la Tierra Santa, estos caballeros se volvieron á su patria, y emplearon su celo religioso en conquistar y convertir á los habitantes de Prusia, que eran idólatras. De modo que en el siglo XII, el gran maestro de la orden la gobernó con el título de duque.

A últimos del siglo XIV aparece en la historia la casa de Hohenzollern, de donde procede la casa real de Prusia, con la eleccion de Federico I, burgrave de Nurenberg y elector de Brandenburgo. Federico II le sucedió. La Prusia era electorado eclesiástico, por ser el elector gran maestro del orden Teutónico. A principios del siglo XVI era gran maestro Alberto, de la casa de Brandenburgo, y habien-

do abrazado la Reforma, y aprovechándose del desorden de aquellos tiempos en el imperio, concluyó un tratado con el emperador Sigismundo, rey al mismo tiempo de Polonia, en virtud del cual se erigió en ducado secular y hereditario el territorio de Prusia, que pertenecía al orden Teutónico, obligándose Alberto á prestar homenaje á los reyes de Polonia, como su duque feudatario. Los caballeros protestaron y se quejaron de la apostasia y traicion del maestro; pero la usurpacion se llevó adelante. Juan Sigismundo reunió al electorado el ducado de Prusia. Federico Guillermo se emancipó de la soberanía del rey de Polonia.

Cuando Federico I sucedió á su padre Federico Guillermo el Grande como elector de Brandenburgo y duque de Prusia, tomó parte en la guerra general contra Luis XIV, enviando socorros á los aliados.

En 1700 tomó el partido del emperador en la guerra de España, por cuyo servicio el emperador Leopoldo le reconoció por rey de Prusia, y se hizo la proclamacion en Koenisberg, tomando el nombre de Federico I, siendo despues reconocido legalmente por las demás naciones en el tratado de Utrecht, en cuyo año murió. Acrecieron sus estados con los derechos de la casa de Sajonia sobre Quedlinburgo y Mansfeld, con el condado de Teklenburgo. Como heredero de la casa de Orange, tuvo el principado de Neufchatel despues de la muerte de la duquesa de Nemours, y el alto Güeldres por el tratado de Utrecht.

Federico Guillermo subió al trono bajo los felices auspicios de la paz. Fué de un carácter opuesto al de su padre. Engeido Federico I con la nueva dignidad de rey, hizo gastos inmensos para manifestar á los ojos del pueblo el prestigio y la grandeza de la autoridad real; mas su hijo Federico Guillermo creyó que el rey de una nacion pobre debía vivir con economía y sencillez. Federico Guillermo, llamado el Rey Sargento, empleó todo el tiempo de su reinado en reponer el tesoro y en acostumar á las fatigas y á las privaciones á su ejército, compuesto de hombres de una talla agigantada, á los cuales enseñaba el ejercicio él mismo, no sin hacer uso del palo, dejando de



este modo á sus sucesores, militares aguerridos y temibles.

Hemos ya consignado en la época anterior que con Pedro el Grande aparece en el mapa político de la Europa una potencia de primer orden; pues la Rusia, que ha vivido concentrada en sí misma, casi ignorada de la Europa central, se eleva bajo Pedro el Grande de una manera tan ostensible y con tanto poder, que su influencia se va á dejar sentir muy notablemente en los destinos de Europa. La Rusia, compuesta de normandos y slavos, comenzó á ser gobernada por grandes duques, siendo el primero Rurik. La religion cristiana penetró en ese país con la conversion del gran duque Uladamiro I. Juan IV fué el primero que comenzó á usar el título de Czar.

Desde que empuñó el cetro Pedro el Grande, se propuso salvar todas las barreras que separaban á la Rusia de la Europa, y formó la resolucion de reformar su pueblo y de hacerle entrar en el verdadero camino de la civilizacion. En fuerza de este propósito se dedicó sin levantar mano á formar un ejército regular, á crear una marina respetable, y á ilustrar por cuantos medios pudiese á sus súbditos. Para estimularlos más, se puso á estudiar él mismo, bajo la direccion de M. Le Fort, un ginebrino emigrado, las lenguas alemana y holandesa; atrajo á Moscow á mucha costa hombres instruidos en todas las artes y oficios, señaladamente en los que contribuyen á aumentar el poder militar de una monarquía, aprendiendo con estos maestros la táctica terrestre y naval; en fin, organizó un buen ejército, nombrando general á Le Fort, y pasando bajando sus órdenes por todos los grados militares, desde el de tambor, para enseñar de este modo la obediencia á sus soldados.

No contento con enviar á varios jóvenes de la primera nobleza á instruirse en los países extranjeros, realizó él mismo el plan más atrevido que jamás concibió quizá ningun soberano. Tal fué el de ausentarse de su país, confiando el gobierno á personas de su confianza, y partir como agregado de una embajada á aprender por sí mismo hasta los oficios mecánicos que quería introducir en su reino. Viajó por Ale-

mania, Inglaterra y Holanda; y en este último país, retirado en la aldea de Sardam, ingresó en el gremio de los carpinteros de ribera y se perfeccionó en el arte de constructor, estudiando al mismo tiempo la física y las matemáticas. En Inglaterra observó las manufacturas de todas clases; en Alemania estudió la disciplina militar. Y cuando se preparaba á pasar de Viena á Venecia, una sublevacion militar le obligó á volver á Moscow.

Ya como en castigo de la sublevacion, ya por efecto de un plan meditado, suprimió el cuerpo de los *strelitzes*; se declaró jefe de la religion, como lo hizo en otra época Enrique VIII de Inglaterra, corrigió á su modo la disciplina eclesiástica, reformó el calendario antiguo, y en muy poco tiempo la nacion fué perdiendo su fisonomía asiática para tomar un carácter marcadamente europeo.

Preparado así Pedro el Grande, y habiéndose unido antes con Augusto I, rey de Polonia, y Federico IV de Dinamarca, enemigos capitales de Carlos XII, le provocó á una guerra. Como Pedro el Grande, en sus viajes á Holanda y á Inglaterra, conoció cuán interesante era para un estado tener gran extension de costas, y como la Rusia no alcanzaba el mar sino por el puerto de Azof al Mediodía y por el de Arcángel al Norte, la causa de la guerra fué el deseo de quitar á la Suecia todas las costas occidentales del Báltico.

Las campañas más notables fueron: la primera, en que Carlos XII, despues de haber vencido al rey de Dinamarca y obligádole á hacer la paz, voló á Narva, plaza sitiada por el moscovita, y en la batalla campal le derrotó su numeroso ejército y libertó la plaza; y aquella otra en que se dió la famosa batalla de Pultawa, ganada por Pedro el Grande, y que decidió para siempre de la superioridad de los rusos sobre los suecos; siendo como consecuencias de esta batalla la restauracion en Polonia de Augusto I, la alianza de Dinamarca, Prusia y del rey de Inglaterra, como elector de Hannover, contra Carlos XII, quien despues de la derrota buscó un asilo en Turquía.

Refugiado Carlos XII en Turquía, interesó en su favor al sultan Achmet III, quien se de-



ció á auxiliar al rey de Suecia, enviando al efecto al gran visir con 150.000 hombres á la Moldavia. Pedro el Grande, internado ya en este país, quiso retirarse; mas halló cerrados todos los pasos del Pruth, expuesto á perder todo el fruto de sus victorias anteriores, y á que se desvaneciesen todos sus planes de reforma, todo el esplendor actual y futuro de su imperio, y sin más recurso ya que el de rendirse.

Su mujer Catalina, jóven esclava, á la cual habia elevado al rango de czarina, le salvó de este peligro, ganando al gran visir por medio de ricos presentes, comprando un tratado de paz, por el cual quedó en libertad Pedro para volver á Rusia, cediendo á los otomanos la plaza de Azof y á Tangarok, puertos de la laguna Meótide. Despues de esta campaña continuó la guerra con poca actividad, y el hecho más importante fué el sitio de Stralsund por la Prusia, Dinamarca y Sajonia. A los tres años murió Carlos XII y se hizo la paz, que adjudicó á Rusia la Livonia, la Estonia y la Carelia, desmembrando y reduciendo á la nulidad política la respetada monarquía de Gustavo Adolfo.

Cuando murió Pedro el Grande, dejó terminada la organizacion de su imperio, habiendo dotado á la Rusia de un código completo de leyes. Fundó á San Petersburgo su nueva capital, y desde su reinado comenzó la Rusia á influir de una manera notable en todos los negocios diplomáticos de Europa.

Fiel Catalina, mujer de Pedro el Grande, á los principios que este habia seguido en el gobierno, y dirigida por su favorito Menzikof, hizo sentir el influjo de la Rusia en la política extranjera, pues en el exterior el tratado de Viena unió el gabinete de San Petersburgo con los de Viena y Berlin, y despues con el de Madrid; y en el interior continuaron las reformas empezadas en el reinado anterior. Fundó la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Pedro II, nieto de Pedro el Grande y de Catalina, subió al trono en menor edad, muriendo á los quince años.

En el reinado de Ana, la diplomacia y las armas rusas conservaron la preponderancia que Pedro I les habia dado; borró la deshonra de la paz del Pruth.

Despues de la paz de Lubek, en que Cristian IV, rey de Dinamarca, cedió á las fuerzas superiores del emperador Fernando II, en el segundo período de la guerra de treinta años entre católicos y protestantes, y despues del tercero de esa misma guerra, llamado el período sueco, ocurrieron sucesos en el interior de ambos países dignos de cuenta.

En Dinamarca, Cristian IV habia anulado todas las libertades públicas, que más que á ninguna clase favorecian á la aristocracia. La nobleza no accedió á su muerte á nombrar á su hijo Federico III, sino restringiéndole el poder, tanto cuanto su padre se le habia abrogado. Mas unido Federico con el clero y la clase media, hizo que en la asamblea de los Estados le confriesen el poder absoluto, mediante la supresion de la monarquía electiva, haciéndola hereditaria, anulando además una capitulacion que juraban los reyes al subir al trono, y que daba el poder á un Consejo Real aristocrático. Por un voto de confianza confirió la Dieta al rey los poderes para hacer una nueva Constitucion. Comenzada por el secretario de Estado Gabel, y completada por Schumachez, dió al monarca el poder real absoluto y convirtió el Consejo Real en un cuerpo consultivo. Cristian V siguió desenvolviendo la nueva Constitucion, estableciendo todas las leyes orgánicas necesarias para su desenvolvimiento.

Federico IV se coligó con el rey de Polonia y Pedro el Grande de Rusia contra Carlos XII de Suecia. Enemigos irreconciliables siempre esos dos países scandinavos, Dinamarca y Suecia aprovechaban todas las ocasiones para hostilizarse. Así es que dias despues de la célebre batalla de Pultawa, todavía siguieron haciéndose la guerra por su cuenta. Federico IV, no obstante estas guerras, dejó á su muerte próspero el país y lleno el tesoro. Cristian VI sucedió al anterior, su padre, adquiriendo por compra los ducados de Holstein y de Schelewih. Bajo su hijo Federico V floreció la edad de oro en Dinamarca. Edificios suntuosos, institutos de artes y oficios, academias, jardin botánico, viajes científicos al Oriente y emancipacion de los colonos, todo esto engrandeció en este reinado la Dinamarca, no cabiendo de ello poca



gloria al célebre ministro conde de Benstorf, el Colbert scandinavo.

Todo lo que tuvo de pacífico y próspero el reinado anterior, tuvo el que le siguió de Cristian VII de turbulento y desgraciado. Débil de salud y escaso de entendimiento, Cristian VII se dejó dominar enteramente de su mujer Carolina Matilde, hermana de Jorge III de Inglaterra, y de su médico Struense, hasta que el príncipe real Federico entró á gobernar en nombre de su padre con el ministro conde de Benstorf, sobrino del anterior, dedicándose también como su tío al fomento de la agricultura, de la industria, del comercio y de las ciencias.

En Suecia, tras los brillantes reinados en hechos de armas de Gustavo Adolfo y de su hija Cristina, muerta sin sucesion, vino el de Carlos Gustavo, primo de Cristina. Carlos Gustavo, declarando la guerra á la Polonia, murió en lo más fuerte de ella, luchando con la Polonia, la Rusia, el Austria y Dinamarca. Le sucedió su hijo Carlos XI, rey enérgico y severo. Despojando al Consejo Real de la autoridad usurpada en las minorías pasadas, gobernó de una manera tan absoluta como los reyes de Dinamarca, con una diferencia, que no alteró la Constitucion del Estado, dejó vigente la Dieta del reino y su derecho de votar los impuestos, lo que será causa de que más tarde vuelva la nobleza á recobrar el poder.

El reinado belicoso de su hijo Carlos XII señala el apogeo y el descenso rápido de la Suecia entre las potencias del Norte. Catorce años de guerra contra todas las potencias del Norte, y en particular contra los rusos, la debilitaron hasta el punto de ceder el puesto de potencia de primer orden á la Rusia, y quedarse ella en segundo. Muerto Carlos XII, el gobierno de Suecia degeneró en una oligarquía tiránica, y para conservarse hizo tratados humillantes con las potencias enemigas. Esa misma oligarquía se dividió luego en dos partidos, apoyándose el uno en la Francia y el otro en la Rusia, haciéndose una guerra á muerte y debilitando así más y más el país. Adolfo Federico Holstein, cuñado de Federico II de Prusia, fué tan débil para gobernar, que el poder real acabó de per-

der su autoridad, haciéndose absoluta la Dieta y enconándose mucho más los partidos. A Adolfo Federico sucedió su hijo Gustavo III, que tenia algunas buenas cualidades. La division escandalosa del partido aristocrático, el odio del pueblo á la aristocracia, el estado miserable del país, el amor que profesaban á su rey los suecos, como nacido entre ellos, y la confianza en el ejército, le dieron aliento para sobreponerse á la Dieta y obligarla á aceptar una nueva Constitucion favorable al poder real. Gustavo, en union con la Rusia, promovió una guerra contra la Francia revolucionaria. El reinado de Gustavo III fué favorable á las letras y á las ciencias en Suecia. El célebre naturalista Linneo inmortalizó á Suecia, su patria y su siglo.

La gloriosa historia de la triste Polonia, sólo defendida hoy contra los tiranos por la voz del papa Pio IX, merece un especial recuerdo.

Lo que hoy es la Polonia, fué conocido por los griegos y romanos con el nombre de Salmacia ó Escitia Europea, país comprendido desde el Oder hasta el Volga. En un principio fué gobernada por familias que llevaban el título de duques. Luego siguieron tres con el nombre de príncipes: uno de estos, Micislao I, abrazó el cristianismo á fines del siglo X. Micislao II tomó el título de rey, y se hizo consagrar por el arzobispo de Gnesne. Este reino gozó siempre de poca paz por lo vicioso de su Constitucion, esencialmente aristocrática, y porque la monarquía, de hereditaria, se hizo electiva á la muerte de Sigismundo II Augusto, último de los Jagelones. Cuando la Polonia empezaba á ser conocida en Europa, á fines del siglo XVII, la Dieta de Varsovia nombró rey á Federico Augusto II, elector de Sajonia. Mas unido Federico con el czar contra Carlos XII de Suecia, vencedor este, hizo reunir la Dieta y nombrar á Estanislao Leckzinski. Despues de la batalla de Pultawa fué depuesto, volviendo Federico Augusto II.

La muerte de Federico Augusto II renovó la lucha entre los dos partidos que se disputaban el gobierno: entre el partido de la alta nobleza, adicto á Estanislao, que deseaba reformar la Constitucion de Polonia en favor del



poder real, y al que sostenian Francia y Suecia; y el partido de la nobleza inferior, afiliado á Augusto, que sostenia la Constitucion antigua en toda su pureza, y al que apoyaban Rusia, Austria y Prusia, porque estaba en su interés que se destruyese la Polonia para sus proyectos de repartimiento. En los treinta años que reinó Augusto II, ni hubo guerra civil, ni trastornos, ni Dieta, ni gobierno, nada. La influencia de Rusia se dejó sentir por do quiera. En este estado de cosas subió al trono de Rusia Catalina II, y murió Augusto II.

A Isabel sucedió su sobrino Pedro III sin dificultad; pero su mujer Catalina, dotada de una rara capacidad, y ambiciosa del trono de su marido, á quien aborrecia, formó una conspiracion, que tuvo por resultado proclamarse emperatriz, poner preso á su marido y luego quitarle la vida.

A la muerte de Augusto, rey de Polonia, la Rusia ya no se contentó con comprar votos para la eleccion del nuevo rey, sino que Catalina hizo que entrase un ejército ruso en Varsovia, obligando á que la Dieta electoral nombrase á Estanislao Poniatowski, que habia sido favorito suyo tiempos atrás. Este hecho tiránico abrió los ojos al Orden Ecuestre, al partido de la nobleza inferior, y quiso abolir el libre veto, en virtud del cual el voto de un solo diputado podia neutralizar en las Dietas el de todos los demás. Catalina, no sólo no consintió esto, sino que su agente Repnin se atrevió á encarcelar en el territorio mismo de Polonia á varios obispos y condes contrarios á la influencia rusa, deportándolos despues á la Siberia.

Agotada la paciencia de la alta nobleza, formó en Bar una gran confederacion para rechazar el yugo extranjero, y pidió auxilio á la Francia, que envió á Dumouriez; era ya tarde. Sus esfuerzos, así como los de los turcos, fueron inútiles, y despues de una guerra de cuatro años, quizás de las más sangrientas de los tiempos modernos, se verificó el primer repartimiento de la Polonia. En él se adjudicó á la Rusia toda la Ukrania Occidental, la Wolhinia y la Lutuania Oriental; á la Prusia la Pomerania y las ciudades de Posnania y de Gnesne, y al Austria todas las vertientes septentrionales

del Carpacio. Los tres soberanos por su parte renunciaron solemnemente á toda reparticion sobre el resto de la Polonia.

Convencidos los polacos, aunque tarde, de que la causa de sus males nacia de su viciosa Constitucion, formaron el proyecto de regenerar la monarquía, no realizado por desgracia. Unido Poniatowski al partido nacional, se promulgó por fin una Constitucion, cuyas bases eran la ocupacion del trono por derecho hereditario, el poder legislativo á cargo de una Dieta, la abolicion del libre veto, la tolerancia de cultos, la emancipacion de la clase ciudadana y la libertad progresiva de los siervos. Estanislao fué declarado jefe de la nueva dinastía. La Europa entera aprobó esta resolucion, y Catalina, usando de disimulo, prometió no perturbar el nuevo orden de cosas.

El partido adicto á las antiguas leyes, incitado por Catalina, formó una confederacion en Targowice, é imploró el socorro de la Rusia. Bulgakof, ministro de la zarina en Varsovia, declaró la guerra; los polacos se prepararon, mas fueron vencidos, y se hizo un nuevo repartimiento de Polonia. La Rusia se apoderó de todos los países al Oriente del Niemen; el Austria extendió sus usurpaciones hasta el Niester y la Prusia hasta el Kalish. La Polonia quedó reducida al país comprendido entre el Vistula y el Bug, su confluente.

Vuélvese á encender la guerra: aparece el valiente Kosciusko como el salvador de la Polonia, pero la batalla de Maicejowice, ganada por el general ruso Fersen, fué en la que Kosciusko, cubierto de heridas, pronunció al morir estas palabras: *Finis Polonia*. El año siguiente abdicó Poniatowski, y se hizo en su consecuencia el repartimiento definitivo, por el que la Prusia fué dueña de Varsovia, el Austria de Cracovia y de toda la Galitzia, y la Rusia del resto.

Así acabó el reino de Polonia. Sus tentativas de 1807, 14 y 30 para recobrar su puesto entre las naciones, sólo han servido para hacer más pesado el yugo con que la Rusia, tan enemiga de su religion como de su libertad, la oprime todavía.

En el exterior nada perdió la Rusia, ni en



conquista ni en influencia con respecto á las demás naciones en el reinado de Catalina; porque además de haber aumentado sus estados con la Polonia, sostuvo al mismo tiempo con gloria y con ventajas una larga guerra contra la Puerta Otomana, en la que ganó la pequeña Tartaria y la Crimea, terminando esta guerra con la paz de Jassy, siendo desde entonces el Niester el límite de ambos países. En el interior se levantaron suntuosos monumentos, se engrandeció y embelleció la ciudad de Pedro el Grande, se revisó y perfeccionó el Código civil, se mejoró la suerte de los siervos, y se introdujeron otras reformas notables. Catalina, como todos los monarcas de su tiempo, favoreció el movimiento filosófico y revolucionario de su siglo.

Despues de la muerte de Ana Stuard sin sucesion, fué llamado á la corona de Inglaterra por un acta del Parlamento el elector de Hannover, Jorge I de Brunswick, descendiente de Jacobo I. El partido wigh, adicto á la casa reinante, subió al poder con Roberto Walpole, jefe del nuevo ministerio. El partido thory, inclinado á los Stuardos, fué excluido de todos los empleos y cruelmente perseguido, por cuya causa unió sus fuerzas con las de Jacobo Francisco, el pretendiente ó el caballero de San Jorge, hijo de Jacobo II, contra la nueva dinastía hannoveriana; pero derrotado en Preston, hubo de renunciar á sus pretensiones.

Jorge I, colocado en el trono, y en gracia de que el Parlamento le habia elevado á él, le concedió la duracion de siete años en lugar de tres, que habia sido hasta entonces el tiempo ordinario. En el exterior se limitó á mantener el sistema establecido en la paz de Utrecht, y al ver sus estados de Hannover amenazados por Carlos XII de Suecia, entró en la cuádruple alianza de Francia, el Imperio, la Inglaterra y la Holanda, contra Alberoni y Carlos XII.

Durante los viajes de Jorge I á Hannover, Jorge II, su hijo, habia gobernado la Inglaterra, conciliándose el afecto y el cariño de los ingleses, por lo que su advenimiento al trono fué bien recibido. Roberto Walpole continuó al frente de los negocios por su conocida adhesion á la casa de Hannover; los partidos, sin

embargo, habian tomado diferente posicion.

Afirmada ya la dinastía hannoveriana, en vez de los nombres de hannoverianos y jacobitas, no hubo otros que los de la córte y de la oposicion. Las cuestiones del dia eran sobre la paz ó la guerra, y sobre el estado de la deuda. El partido de la córte se oponia á la continuacion de la guerra, por las sumas inmensas que eran necesarias para sostenerla, aumentando esto crecidamente la deuda; el partido de oposicion sostenia principios contrarios. Ello es que, como consecuencia de las ideas que dominaban en el gobierno, gozó la Inglaterra de una paz profunda en los doce primeros años del reinado de Jorge II, sin querer tomar parte en la guerra de sucesion de Polonia.

Pero llegó un dia en que el ministerio ya no pudo acallar los gritos de la oposicion, y hubo de declarar la guerra á España por causa del contrabando en América; la expedicion inglesa se desgració en el sitio de Cartagena en América; la oposicion dominó en el Parlamento; el príncipe de Gales se unió á ella contra Walpole, y su caída fué inevitable. Con la caída de Walpole cambió la política inglesa en el exterior, y prevaleciendo el sistema de guerra, la Inglaterra se unió al Austria contra la Francia, en la que hubo entonces de la pragmática. Durante esta guerra, Carlos Eduardo, hijo del Pretendiente, hizo un esfuerzo para reconquistar el trono en favor de su padre. Desembarcando en Escocia, Edimburgo le abrió sus puertas, y en poco tiempo llegó hasta Carlisle. Mas rechazado de este punto por el duque de Cumberland y derrotado en Culloden, quedó anonadada para siempre la casa de los Stuardos.

Desde la guerra anterior hasta la subida de Pitt se habia terminado la de la pragmática con la paz de Aquisgran, habia ocurrido la muerte del príncipe de Gales, se habia declarado la guerra á la Francia sobre los límites de la Nueva Escocia. El mismo año de la subida de Pitt al ministerio comenzó la continental de siete años, uniéndose la Inglaterra al rey de Prusia. Pitt, ó lord Chattan, jefe del partido thory y autor de la caída de Walpole, era amigo de la guerra; se propuso humillar á la Fran-